

NEWMAN Y LA EDUCACIÓN DE NUESTROS JÓVENES

CARLOS G. HOEVEL

El texto que presentamos a continuación es la conferencia dictada por el Dr. Carlos Hoevel el 29 de septiembre de 2009 en el marco de las actividades del Grupo de Estudios Humanísticos. El texto ha sido revisado pero sin alterar su carácter de conferencia. Así pues, no se ha de perder de vista que este texto ha sido pensado para ser expuesto oralmente y no se ha querido perder ese matiz oral ni sacrificar el carácter personal de la disertación. Algunas breves notas han sido introducidas para guiar al lector que quisiera en el futuro profundizar en el tema.

La idea de esta conferencia no es tanto hablar sobre Newman como personalidad o como pensador, sino ver qué ideas de Newman pueden ayudarnos hoy a vislumbrar un horizonte para los problemas que estamos teniendo con la educación de nuestros jóvenes. En un libro que leí hace poco titulado *Un huésped inquietante: el nihilismo y los jóvenes* publicado en 2008 en Italia por Umberto Galimberti, un famoso psiquiatra italiano, se hace una descripción impactante de la situación educativa actual. Galimberti encabeza su libro con la frase común que todo el mundo repite: "Los jóvenes están mal" ("*I giovani stanno male*") e identifica el nihilismo como el nuevo huésped de la juventud, tomando la antigua frase de Nietzsche, quien dice que "el nihilismo es un huésped inquietante". Para Galimberti, la característica más notable de los jóvenes de hoy, es la falta de deseo, la apatía. Galimberti señala como característico de nuestros jóvenes el silencio: no un silencio fruto de una interioridad y una plenitud, sino del vacío, de la falta de palabra. Galimberti destaca el analfabetismo emocional de los jóvenes quienes obviamente sienten muchísimas cosas pero no tienen elementos para decodificar y articular lo que sienten. A diferencia de la juventud de los años 60, que estaba en rebelión, en situación de oposición, hoy el rasgo destacado parece ser la falta de deseo. Pero esta falta de deseo tiene su base en una falta de confianza en sí mismos. Según Galimberti, los jóvenes actuales parecen no tener fuerza de ánimo y sufren una suerte de incapacidad

de acceder a la realidad. Así, se sienten frustrados, se les genera una sensación de inundación emocional que genera la entrega a pulsiones primarias: el sexo *express*, la droga, el alcohol... y además está la obsesión por objetos particulares, como por ejemplo determinados videos, tatuajes, bandas de música, peinados, una especie de “neofetichismo” que predomina en muchos ambientes juveniles. Otra característica es la mimetización en la banda. Ésta última pasa a ser el grupo de contención emocional fundamental pero al costo de la dilución de la identidad personal. La banda tiene una íntima relación con Internet: allí se entrega la propia intimidad al exhibicionismo que caracteriza a este Gran Hermano digital. Finalmente, no muy lejos está la violencia: la frustración frente a la realidad, el no poder acceder a algo valioso, produce finalmente la respuesta violenta hacia sí mismos y hacia los demás.

La situación de los jóvenes

Esta descripción, aparentemente tan alejada de Newman –un pensador de la Inglaterra victoriana del siglo XIX– coincide, sin embargo, de modo notable con las características que el gran filósofo y teólogo inglés ve en los jóvenes de su tiempo:

Hay algunos cuyas mentes están poseídas por un solo objeto, tienen opiniones exageradas sobre su importancia, están en una búsqueda febril de éste, lo convierten en medida de cosas que les son completamente ajenas, y se asustan y desaniman si lo pierden. Están siempre ya sea en estado de alarma o de éxtasis. (*The Idea of a University*, Parte I, 6)

Por otro lado, también

están aquellos que no tienen objeto o principio al cual aferrarse y pierden su camino a cada paso que dan. Viven arrojados sin saber qué pensar ni qué decir en cada momento; no tienen una visión de las personas, de los acontecimientos o de los hechos que caen de repente sobre ellos; están pendientes de la opinión de otros, por falta de recursos internos. (*IU*, I, 6)

Galimberti se pregunta luego qué hacen los padres y los maestros frente a esto. En su opinión, ambos están envueltos en lo que él llama “el paradigma

de la inseguridad y de la incerteza” fruto de la desestructuración de la familia por la cual hoy “el Edipo se ha trasladado a la calle.” La lucha edípica que ya no se entabla con los padres –quienes están casi tan desorientados como él– ni con los maestros –que están también más o menos perdidos– se traslada al lugar público. Los jóvenes de hoy hacen su Edipo en la escuela, en la ciudad, en el estadio, en el boliche... Todos conocemos las cosas terribles que están ocurriendo últimamente en los lugares de diversión de los jóvenes. Basta con ver lo que sucede a la salida del boliche, donde día a día aumenta la violencia (aparentemente) sin sentido. Recuerdo una entrevista de Víctor Hugo Morales en radio *Continental* a una chica de 14 años que presidía la toma de un colegio nacional en Buenos Aires, en la que este periodista le decía: “pero nena, yo con vos no puedo estar hablando... ¿dónde están tus padres?”.

Nuestras estrategias educativas

Ahora bien, ¿cómo salimos de este círculo vicioso de frustración, desierto emocional, apatía, desenfreno y violencia que describe Galimberti en el que tantos jóvenes están atrapados? ¿Cómo reconducir toda esa “pasionalidad” o “pulsionalidad”, ese entusiasmo hoy tan reprimido y deformado en muchos jóvenes hacia una vida realizada y con sentido? Según Galimberti, los padres y maestros de hoy están ensayando dos tipos de estrategias. La primera, hoy cada vez más común, es la de la seducción, la “motivación” a través de la escuela “divertida”, participativa, llena de actividades y estímulos dirigidos a compensar o intentar competir desde la escuela con los infinitos atractivos que los jóvenes perciben afuera. Uno ve en el panorama educativo actual una profusión infinita de actividades que se multiplican, más encuentros, más materias, más salidas... Además, está Internet. El sistema educativo intenta competir con los medios. Los padres, con tal de que los jóvenes estén en el colegio y no en manos del sistema mediático, prefieren que haya más oferta dentro del sistema educativo. En sí mismas estas actividades no son malas; el problema es que la persona en formación que está en medio de ellas las sufre como una especie de bombardeo, de sobre-estimulación, de dispersión –porque en todo esto no hay orientación– y finalmente también de fuga hacia el facilismo, porque esta proliferación de actividades lleva paradójicamente a la desmotivación y la falta de esfuerzo. Además, detrás de esta abundancia, hay una especie de violencia. Suena también paradójico porque esta gran oferta de cosas parece algo muy amable. Sin embargo, en un joven sensible que está empezando a abrirse y que, como dice Galimberti, experimenta confusamente

su deseo, este bombardeo de estímulos no hace más que apagar el pequeño fuego que empieza a encenderse. De modo muy similar describía Newman la escuela de su tiempo:

Les diré, señores, cuál ha sido el error práctico de los últimos veinte años... Ha sido el error de distraer y debilitar la mente del estudiante con una profusión de temas sin sentido; de hacerle pensar que dedicarse a una decena de ramas de estudio no es simple superficialidad, lo cual es realmente, sino una ampliación de la mente, que no lo es; de considerar un conocimiento de nombres de cosas y personas aprendidas, de asistencia a clases de profesores elocuentes... participación en experimentos o visitas a museos, no como una disipación de la mente, sino como un progreso. Hoy se piensa que todas las cosas deben ser aprendidas rápidamente y a la vez; no una cosa bien aprendida, sino muchas mal. El aprendizaje debe ser sin esfuerzo, sin atención, sin trabajo, sin fundamentos, sin progreso, sin finalización establecida. No debe haber nada personal en él, y esto es, en verdad, lo que más me asombra de nuestra época... Pero las recreaciones no son educación; una serie de actividades genéricas no son educación. Que no se diga, por lo tanto, que el [joven] debe ser educado, cuando, después de todo, sólo se quiere decir divertido, refrescado, calmado, puesto en buen ánimo y buen humor, o mantenido lejos de los excesos. No digo que tales diversiones u ocupaciones de la mente no sean una gran ganancia, pero no son educación. (*IU*, I, 6)

Por otro lado, la segunda estrategia que usan padres y maestros, según Galimberti, es la de la coerción, la de apelar a la voluntad y al esfuerzo enfocados en objetivos prácticos y precisos que termina en un triste juego de premios y precios. Vemos hoy cada vez más extendida esa tendencia a reformar los programas para que "sirvan", a obligar a los alumnos a elegir tempranamente su "orientación", a llevarlos a "competir" etc. Para un chico que, como dice Galimberti, todavía no conoce ni siquiera su deseo básico, cuyo fueguito todavía es chiquito y que de repente tiene que elegir si va a seguir orientación en humanidades, económicas, etc., esto no tiene sentido. De igual manera trata Newman este utilitarismo coercitivo y voluntarista, que lo involucró en la fuerte discusión que se dio en su tiempo entre la Universidad de Oxford, donde él estaba, y la Universidad de Edimburgo, de mentalidad utilitarista:

Otras personas insisten en que la educación debe limitarse a un fin particular y estrecho, y debe desembocar en un trabajo determinado, que pueda ser pesado y medido. Argumentan como si cada cosa y cada persona tuvieran su precio; y creen que cuando ha habido un gran desembolso, tienen derecho a esperar un rendimiento en especie. A esto llaman hacer de la educación y la instrucción algo 'útil' y la 'utilidad' se convierte en su consigna. (*IU*, VII, 2)

La educación liberal

Pero el joven no sólo ya no acepta estos planteos adultos de la seducción o de la coerción utilitarista, sino que ante ellos redobla la apuesta y opta por más evasión, más renuncia a sí mismo, más desenfreno o más silencio. En ese sentido creo que Newman nos da una interesante "tercera opción" entre estas dos formas de violencia que sacrifican a la persona a otros fines que no tienen que ver con su propia realización. Según Newman, ya sea la dispersión de las actividades y de la información, ya sea la excesiva focalización a la utilidad, nos desvían de lo esencial. Es necesario pensar en algo más profundo. A ese camino diferente Newman lo llama "educación liberal". La educación tiene que ser liberal, de acuerdo a Newman, no en sentido político ni económico, sino en el sentido clásico del término: una educación libre de fines que no sean el crecimiento de la persona en sí misma. El abrumar de estímulos a la persona o empujarla a hacer cosas que sirvan para el supuesto trabajo que va a tener en el futuro, es encorsetarla, encerrarla. De igual modo, por ejemplo, la introducción constante de lo psicológico, de la "motivación" en el colegio, si bien tiene su lado positivo, también tiene el lado negativo de querer ver siempre cómo dirigir a la gente hacia determinados fines pre-fijados. Newman cree que la educación debe estar liberada de todo eso y tener como núcleo la cultura.

Cultura viene de "cultivar", significa "hacer crecer la personalidad propia". Educación tiene también este sentido: proviene de *e-ducere*, que significa "traer desde", "sacar desde." A esa persona que está todavía en estado embrionario hay que desarrollarla, desplegarla. Pero esto no se puede hacer de cualquier manera. Como en un cultivo cualquiera, si yo planto la semilla de un árbol determinado, debo hacerlo en un suelo determinado, con el clima indicado; no puede estar sometida a ciertos vientos, tiene que estar a una temperatura adecuada, etc. Virgilio en su famoso tratado *Georgicas*, habla de estas características del cultivo y Cicerón en sus tratados traslada muchas

de estas metáforas del cultivo a la educación. También lo hace Cristo en los Evangelios: las semillas no pueden arrojarse en cualquier lugar: si caen sobre las piedras, por ejemplo, no crecen. Si pongo la semilla de la juventud en medio de estímulos equivocados, por más cantidad de estímulos que haya o más información que les dé, esa semilla va a abortar. Por eso, de alguna forma los principios de la educación y de la cultura son agrícolas, son análogos a los de la agricultura. De ahí que para Newman el punto de partida para solucionar este problema tan complejo de la educación es prestar atención al núcleo interior de la persona, a cada individuo, para ver cuáles son las tendencias a las que apunta su propia naturaleza que son las únicas que están llamadas a crecer, a desarrollarse. Veamos cómo lo expresa Newman:

Yo soy lo que soy o no soy nada... No puedo evitar ser suficiente para mí, porque no puedo convertirme en algo diferente de mí mismo, ya que cambiarme sería destruirme. Si no uso mi yo, no tengo otro yo para usar. Mi única tarea es afirmar lo que soy, a fin de ponerlo en uso. Es suficiente para la prueba del valor y la autoridad de cualquier facultad que poseo, el poder afirmar que es natural. Lo que tengo que aceptar son las leyes bajo las cuales vivo. Mi primer deber elemental es el de aceptar las leyes de mi naturaleza, cualesquiera que sean; mi primera desobediencia es impacientarme con lo que soy, alimentar una aspiración ambiciosa hacia lo que no puedo ser, desconfiar de mis fuerzas y desear cambiar las leyes que son idénticas a mí mismo. (*An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, cap. IX)

Si yo no tomo en consideración lo que soy, estoy construyendo castillos en el aire. Por más que exista una persona mejor que yo, esa persona no es suficiente para mí. Lo que soy es algo recibido, natural y propio. Como tal, vale y es la autoridad máxima en mi vida. Lo que rige la educación es la autoridad del propio ser de cada uno de los que son educados. Se trata de aceptarme con mi personalidad, mis condicionamientos, mi herencia, mi manera de ser, mi temperamento... eso es lo primero que tengo que ver. Si yo quiero que la semilla de trigo crezca, tengo que ver cómo es esa semilla particular y ver qué voy a tener que darle para lograr eso. Sus características van a ser diferentes a las de la soja y no puedo cambiar eso ni ponerme impaciente. Eso es típico de la educación actual, de nuestras relaciones con otros y con nosotros mismos: la impaciencia. Por eso dice Newman:

¿Por qué he de comenzar por tomar una posición que no es la mía, y he de despojar a mi mente del enorme ropaje de los pensamientos, principios, gustos, deseos y esperanzas que en ella existen y que me hacen a mí ser lo que soy? (GA, 368)

Muchas veces tenemos la idea de que para cultivarnos tenemos que ser diferentes e ir a buscar cosas distintas, especiales, asistir a un curso donde nos revelarán cosas completamente nuevas sobre la vida y sobre nosotros mismos. Sólo después de varias pruebas nos damos cuenta que no prestábamos atención a lo más elemental y más cercano: nuestro propio ser, nosotros mismos. Con los alumnos nos pasa lo mismo ya que cometemos el error de pensar: “éstos no saben nada, no traen nada, son unas bestias, hay que culturizarlos rápidamente, tirarles información, taparlos de cosas para que sientan el rigor o esperar que aparezcan otros mejores.” Newman señala que para poder salir adelante en educación hay que partir de lo que los jóvenes traen, ver primero quiénes son, y comenzar en seguida un tratamiento en cierto modo “homeopático”. La medicina tradicional, alopática, detecta la enfermedad y en seguida arroja sus misiles para que remita y baje la fiebre. En cambio, la homeopatía comienza por acompañar el desarrollo de la enfermedad, procurando su supuración, su salida hacia afuera. Una vez que comienza esta supuración, que es parte de uno mismo, a pesar de ser un poco desagradable, se va mostrando lo que somos y a partir de allí comienza poco a poco a surgir la confianza, porque la persona empieza a reconocerse a sí misma y a pararse sobre sus propios pies. Enseguida comienzan a revelarse las capacidades ocultas. Newman propone primero reconocer esos recursos propios, dejarlos salir y no tener miedo de hacerlo. A veces, como padres, uno ve que su hijo saca algo propio que es un poco desprolijo e intenta que eso no aparezca y que quede rápidamente encuadrado. Pero si eso propio, aunque sea un poco desordenado, nunca sale, el chico queda en silencio pero después reaparece en otras formas mucho más peligrosas. De acuerdo a Newman, muchas veces creemos que nuestro sistema educativo está muy bien y que son los alumnos quienes “están en otra cosa”, pero después, al salir de la escuela, aparecen cualidades ocultas y los que éramos profesores de gente talentosa nos sorprendemos de no haber reconocido tanto talento:

Los muchachos en la escuela parecen todos iguales y siguen los mismos estudios, algunos con más éxito que otros; pero sucederá a veces que los que tuvieron poco éxito en la escuela, cuando entren en la acción de la vida y se dediquen a algún trabajo particular que habían aprendido

teoréticamente con poca promesa de aprovechamiento, se verá que tienen lo que se dice un ojo para tal trabajo, un ojo para negociar, o para la ingeniería, o para las letras, lo cual nadie hubiera esperado mientras estaban en la escuela y se ocupaban de nociones. (GA, 94-95).

El problema de la educación nocional

Según Newman, la escuela genera este espejismo de que los jóvenes están vacíos y no responden debido a un sistema de conocimiento que él llama "nocional" que es incapaz de revelar esas cualidades ocultas y llevarlas a la luz. Newman sostiene que el problema es que la escuela en gran medida se maneja con nociones, razonamientos, conocimientos, datos. Pero Newman distingue este asentimiento nocional del real. El nocional está formado por informaciones como "25 de mayo de 1810", "Semana de Mayo", "fotosíntesis", "cordillera de los Andes", etc. que se repiten todos los años. En algún momento hay que aprender esas nociones, pero para convertirse en un "asentimiento real", tienen que pasar a la imaginación y a la emocionalidad de la persona. Por ejemplo si ese 25 de mayo de 1810 un día coincide, por ejemplo, con una crisis del país, con algún cambio político muy grande, entonces el profesor relaciona lo del 25 de mayo con ese cambio político impactante que está sucediendo hoy y el chico se apropia de ese 25 de mayo de un nuevo modo. Ahí tiene lugar lo que Newman llama el "asentimiento real." El verbo que Newman usa en inglés es *to realize*, darse cuenta; es un re-conocer, diferente a conocer. Conocer es tomar nota de un dato que recibo: el 25 de mayo de 1810 sucedieron tales y tales hechos. Ahora bien, si yo vuelvo y reflexiono sobre ese dato, lo reconozco y capto su sentido. Al "darme cuenta", se da la encarnación de un valor y esa idea nocional pasa a ser real, toca una fibra íntima de la persona y se transforma en algo vivo. El conocimiento nocional implica crear un esquema artificial, como el esquema historiográfico de "la Semana de Mayo". Es un esquema que sirve en la medida en que puede volverse real, en que te comunica con la realidad de la gente que estuvo allí. Es muy distinto referirse en abstracto a "la Segunda Guerra Mundial" que conversar con alguien, un testigo, que participó de ella.

En el asentimiento nocional, lo mismo que en la inferencia, la mente contempla sus propias creaciones en vez de contemplar cosas; en el asentimiento real la mente está dirigida hacia las cosas representadas por las impresiones que han dejado en la imaginación. (GA, 94)

Hoy, a pesar de las tendencias emocionalistas y psicologistas que hay en educación, es muy pobre el papel del asentimiento o experiencia real en nuestro sistema educativo. Pero justamente, según Newman, es gracias al asentimiento real cómo tiene lugar la educación. El momento del darse cuenta tiene que ser el principio y el final del proceso educativo. En medio pueden estar las nociones, los razonamientos, las abstracciones, las ecuaciones... Pero si no hay un inicio real y un término real, es decir, si el conocimiento no se comienza con una experiencia y termina con una experiencia, no hay educación; pasa "como si nada", queda sólo un conjunto de nociones que no tienen conexión con lo propio y no sirven de código interpretativo de las propias experiencias. La verdadera educación, en cambio, es como un arco ascendente con el asentimiento real en cada punta. En medio el conocimiento nocional apoya y despliega esas dos experiencias inicial y final, articulando lo que la persona siente y haciéndola crecer. Si no se dan ese constante contrapunto, todo el proceso se derrumba y el conocimiento se vuelve un obstáculo, una lápida que obtura el desarrollo y deja el deseo insatisfecho.

El supuesto antropológico de esta tesis educativa de Newman es que en definitiva la inteligencia funciona en relación con la sensibilidad, el cuerpo en relación con el alma, el espíritu en relación con el cuerpo, con la vitalidad. Para Newman el núcleo de la persona está en el intelecto, porque ahí es donde la persona ve, toma las decisiones, está alerta. Pero ese núcleo sólo se despierta si se mueven también las entrañas en la medida en que éstas son iluminadas por la inteligencia. En cambio, cuando la entraña no tiene luz, ésta queda a ciegas. Por otra parte, cuando el esquema abstracto no se encarna, no aporta nada. Por eso en la educación hay que apelar a la razón pero a una razón viviente, lo que se expresa en esta frase famosa de Newman:

Al corazón se llega comúnmente no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de los hechos y de sucesos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman.

Ciertamente las nociones y conocimientos nuevos son muy necesarios. Sin ellos carecemos de la información básica, de los "contenidos" del conocimiento. Hace poco fue publicado un libro del pensador francés Alain Finkielkraut, con el sugestivo nombre de *La Querelle de l'école* ("El debate sobre la escuela"), publicado en el contexto de la desesperación de los franceses

por la decadencia constante de su sistema educativo y el peligro de derrumbe de la cultura francesa. En esta situación donde los jóvenes parecen no tener interés y los profesores sienten que no pueden transmitirles nada, los autores del libro se preguntan cómo hacer para transmitir a las nuevas generaciones los clásicos franceses de los cuales ellos están tan orgullosos. Una de las cosas por las cuales combate siempre Finkelkraut es que la educación no puede ser una reflexión psicológica de lo que yo siento, o de lo que me gustaría, o de mi deseo, como es una de las tendencias hoy de moda. Esta tendencia es una deformación del punto de vista de Newman, quien sostiene que no hay educación sin deseo, sin aceptación de sí mismo y sin el reconocimiento de la propia identidad y de la propia experiencia. Pero algunos se quedan en esa instancia, y sostienen que los esfuerzos para adquirir nuevos conocimientos, memorizar, son absurdos y represivos. Newman no comparte esta última posición. Por el contrario, la educación liberal implica, en su opinión, la incorporación esforzada de nuevos conocimientos sin los cuales la persona no progresa y se detiene en una actitud narcisista que valora sólo la propia experiencia. Pero la diferencia de Newman con posturas como la de Fienkelkraut es que para él la adquisición de nuevas ideas y nociones, debe hacerse de una manera digestiva, no de una manera indigesta. Ciertamente yo no puedo crecer si no hay conocimientos nuevos, si no hay nueva información. Pero para Newman primero tiene que aparecer el deseo, la propia experiencia, y cuando ese proceso se activa, recién se hace posible la apertura a los nuevos conocimientos, con un proceso ya no pasivo sino activo de "digestión espiritual." De hecho, cuando no se da esta digestión uno "vomita." Es lo que nos pasa hoy: en el examen los alumnos vomitan todo y, a fin de año, viene la quema de las carpetas; todo lo "aprendido" se vuelve basura porque nada ha sido realmente asimilado. Ese conocimiento no es querido: por eso es vomitado, quemado. Pero, ¿por qué sucede esto? Porque no hay digestión, dice Newman, porque si bien nuestra intención es que eso "entre" nos encontramos con un sujeto que no es activo del otro lado. El problema es cómo lograr que esa persona se active y empiece a digerir y que nosotros empecemos a darle la comida de manera correcta, en la dosis adecuada y no de cualquier forma:

Es evidente también que la transmisión de conocimientos es ciertamente una condición o medio para la ampliación o iluminación de la mente: esto no se puede negar; pero por otro lado, es igualmente claro, que dicha transmisión no constituye la totalidad del proceso. La ampliación de la mente consiste no sólo en la recepción pasiva en la mente de una

serie de ideas desconocidas para ella, sino en una acción enérgica y simultánea de la mente sobre, hacia y a través de estas ideas nuevas que se precipitan sobre ella. Es la acción de un poder formativo, que reduce a un orden y a un sentido la materia de nuestras adquisiciones, es el volver los objetos de conocimiento algo subjetivo nuestro o, para usar una palabra familiar, es una digestión de lo que recibimos en la substancia de nuestro estado anterior de pensamiento; y sin esto no se sigue ninguna ampliación de la mente. No hay ampliación, a menos que exista una comparación de las ideas unas con otras, como vienen a la mente, y una sistematización de las mismas. Sentimos que nuestra mente crece y se expande pues, cuando no sólo aprendemos, sino cuando relacionamos lo que aprendemos con lo que ya sabemos. No consiste la iluminación de nuestra mente en la mera adición de conocimientos, sino en el movimiento hacia adelante de ese centro mental hacia el cual gravita la masa acumulada de nuestros conocimientos, tanto los que sabemos, como los que estamos aprendiendo. (*IU*, I, 6)

Facilismo, esfuerzo y ascensión

Otro tema que se discute en el libro de Fienkielkraut es el tema del esfuerzo y de la tendencia actual al facilismo. Nosotros esperamos que los chicos se eleven, asciendan, pero ¿cómo ascender si no hay esfuerzo? Cualquier actividad implica un esfuerzo; como cuando alguien asciende en un deporte y logra algo: la gente acepta este esfuerzo con naturalidad. Pero en el ámbito espiritual no sucede lo mismo. La idea de que la educación y la cultura implican ascensión, como subir una montaña, hoy en día está totalmente devaluada. ¿Por qué ocurre esto? Newman dice: hay muchos lectores, mucha gente que acumula datos, pero en el fondo hay muy poca gente que los posea que los haga propios. Más bien ocurre lo contrario: quienes tienen cultura muchas veces acumulan –información, premios, reconocimientos externos- pero no incorporan el saber como propio. Por lo tanto no crecen. De allí la incapacidad para ascender. Esta falsa cultura, este “barniz” es percibido y rechazado por los jóvenes. Por lo tanto, no se trata de instarlos sólo al esfuerzo por “adquirir cultura” en sentido abstracto, sino a un esfuerzo que se va alimentando por el crecimiento de sí mismos:

Educación es una palabra alta, es la preparación para el conocimiento, y es la transmisión de conocimientos en proporción a esa preparación. ...Si queremos perfeccionar nuestra inteligencia, en primer lugar, hay que ascender; no podemos obtener un conocimiento real en un nivel superficial; debemos generalizar, reducir a método, debemos tener una comprensión de los principios y agrupar y dar forma a los conocimientos adquiridos por medio de ellos. No importa si nuestro campo de operación es amplio o limitado; en cualquier caso, tomar posesión es elevarnos sobre él. Muchas personas son poseídas por su conocimiento, no toman posesión de éste; en realidad son a menudo arrastrados por éste, sin ejercer ninguna voluntad propia. (*IU*, I, 6)

Pero ¿cómo se logra ese proceso de experiencia real, de partir de lo que uno es para después hacer la digestión espiritual y ascender e incorporar dentro de uno mismo este conocimiento que en definitiva es lo que va a ampliar mi mente y mi espíritu? Sólo se puede hacer esto si estamos en contacto con quien ya hizo ese proceso dentro de sí mismo. Hoy en día la mayoría de nosotros estamos desorientados y volando bajo porque no hay ejemplos vivientes. En el caso de Newman, uno lee su biografía y se entusiasma. Se ve lo que luchó, lo que dejó a nivel religioso, filosófico, educativo; es una persona que genera ganas de hacer cosas, porque realmente era alto. Pero la "altura" no es exclusividad de los filósofos o de los científicos. Hay altura espiritual en distintos campos, hasta en las actividades más sencillas. Lo cualitativo es despreciado hoy en día, pero se da en todas las profesiones y en todos los niveles sociales. Ser alto en un campo determinado impresiona e impulsa hacia arriba a los otros a su alrededor. En cambio, quien sólo acumula pero en el fondo no tiene nada propio, no tiene nada adentro, va generando a su alrededor otra cosa: la idea de que es mejor acumular que hacer un esfuerzo de fondo.

El corazón habla al corazón

La educación no es por lo tanto principalmente una cuestión de organización del sistema educativo. Newman consideraba la importancia de un buen sistema, de una organización adecuada, pero el centro de la educación no es ése. Cuando fue nombrado Cardenal, Newman propuso como su lema "*cor ad cor loquitur*", que significa "el corazón habla al corazón". Una persona que vivió el crecimiento en su corazón, transmite esto al otro y el otro lo recibe y empieza a moverse contagiado por aquel. La educación no es pues un proceso

de *management*, metodológico o instrumental; no es una transferencia de conocimientos sino un crecimiento por contagio, por irradiación y empatía:

Ningún libro puede transmitir el espíritu especial y las delicadas peculiaridades de un tema con la rapidez y la certeza que están presentes en la simpatía de mente a mente, a través de los ojos, la mirada, el acento y la forma, en las expresiones ocasionales lanzadas en el momento, y los giros no estudiados de la conversación familiar... Los principios generales de cualquier tema se pueden aprender por los libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hace vivir en nosotros, tienes que tomarlos de aquellos en quienes estos principios viven ya. (*Historical Sketches*, Vol. 3, I, 2)

Ahora bien, si no hay nadie que contagie porque todos están en el "más o menos", nadie siente pasión, nadie tiene experiencias reales, todo es nocional, todo es burocrático, la pasión, por otro lado, se cobra sus intereses. Los estallidos pasionales de la juventud son indicio de que algo se está desbordando. No quiere decir que no deba haber pasión, todo lo contrario. Pero la pasión necesita conducción cuya clave es el contacto personal. Si el adolescente no encuentra a nadie apasionado, va a explotar porque no tiene referente. Si no hay erotismo en sentido profundo de *eros* en la relación docente-alumno, no hay educación; ocurre como en el psicoanálisis: si no hay transferencia, no hay tratamiento. De hecho, cuando vemos el origen de las grandes instituciones educativas, generalmente nacieron de un grupo de personas muy motivadas, muy inspiradas, con mucha fuerza, mucha altura, que organizaron un sistema. Pero el sistema funcionó por las personas y no al revés:

La influencia personal del profesor es capaz, en cierto modo, de prescindir de un sistema académico, pero este sistema no puede de ningún modo prescindir de la influencia personal. Con la influencia personal hay vida, sin ella no hay ninguna; si la influencia personal es despojada de su debido lugar, no se disolverá simplemente, sino que explotará de forma irregular, peligrosamente. Un sistema académico sin influencia personal de los profesores sobre los alumnos es un invierno ártico; creará una escuela de hielo, petrificada, de hierro fundido, y nada más. (*HS*, Vol. 3, I, 6)

Certezas y conciencia

Por otra parte, de acuerdo a Newman, la educación liberal es también fuente de certezas, creencias y convicciones. Según él, no se puede vivir sin certezas. Hoy no está muy de moda decir esto porque todo es duda, todo es pregunta. Newman reconoce que la mayor parte de nuestras ideas son opiniones, conjeturas: tenemos certezas de muy pocas cosas. Sin embargo, sin esas pocas certezas no podemos vivir. Él era un hombre de una religiosidad enorme, vivió toda su vida por la fe. Había sido un anglicano convencido, anticatólico, opuesto al Papa, y fue haciendo un proceso de cambio interior que termina con su famosa conversión del anglicanismo al catolicismo. Pero, cuando se convierte, empieza a pensar algo terrible: ahora estaba seguro de que su anterior convicción era falsa y que ésta de ahora es la verdadera. Entonces ¿no se estaría equivocando nuevamente? Toda su obra está dedicada a probar que algunas certezas se mantienen toda la vida. La educación liberal es también la que intenta llevar al otro a la búsqueda de estas certezas, no para volverse un dogmático, sino para poder sostenerse como persona. La certeza, al fin y al cabo, es un asentimiento real. Son las cosas de las que estoy convencido y que forman parte visceral de mi vida. Quizás tomen formas diferentes a lo largo del tiempo pero en el fondo son las que me permiten vivir:

Hasta que no tenemos asentimiento real, por más que tengamos plena aprehensión y asentimiento en el campo de las nociones, no tenemos agarradero intelectual y estamos a la merced de impulsos, caprichos y luces errantes, tanto en lo que se refiere a la conducta personal, como en la acción social o política, o en religión. Tales creencias... forman la mente en la cual arraigan y le confieren la seriedad y hombría que inspira confianza en sus opiniones y es un secreto de persuasión e influencia en el escenario del mundo. Ellas crean, según sea el caso, los héroes y los santos, los grandes dirigentes, los hombres de estado, los predicadores, los reformadores, los pioneros de los descubrimientos científicos, los visionarios... Ellas han dado al mundo hombres de una idea, de una energía inmensa, de una voluntad de diamante, de un poder revolucionario. Ellas encienden la simpatía entre un hombre y otro y entretejen las innumerables unidades que forman una raza y una nación. Ellas son el principio de su existencia política, y le confieren homogeneidad de pensamiento y comunidad de fines. (GA, 104)

Estas certezas son posibles por la capacidad de razonamiento instintivo –que Newman llama “sentido ilativo” (*illative sense*)– por la cual no razonamos en abstracto, sino somos capaces de reunir muchas cosas, muchas experiencias, muchas sensaciones, y de encontrar su sentido en las situaciones concretas. El sentido ilativo se convierte en una regla viviente, no en una receta que nos permite juzgar prudencialmente. Newman es así el gran maestro de la conciencia. Muchos lo acusaron de relativista por esto. Pero en su opinión, la formación de la conciencia es el gran fruto de toda educación liberal:

Para saber cuál es su deber en su caso particular, cada individuo ha de recurrir a su propia regla; y si su regla no está suficientemente desarrollada en su entendimiento para este fin, entonces puede recurrir a otra autoridad viviente y presente que la supla, no a la letra muerta de un tratado o de un código. Una autoridad viviente y presente, él mismo u otro, es su guía inmediata en cosas personales, sociales o políticas. Al comprar y al vender, en los contratos, en su manera de tratar a los demás, al dar y al recibir, al pensar, al hablar, al obrar, al trabajar, en los sufrimientos, en los peligros, en sus recreos y en sus placeres... (*GA*, 314-315)

Lo cual no quiere decir que no haya una norma objetiva de la verdad, sino que los diversos individuos, con culpa o sin ella, la aprehenden de diversas maneras. (*GA*, 320)

Todo proceso educativo, diría Newman, es, en definitiva, un proceso de crecimiento personal. La educación liberal no reemplaza a la ética ni a la religión pero impide que las plantitas recién brotadas que son nuestros jóvenes sean invadidas o aplastadas por las piedras o los yuyos de las ansiedades y desasosiegos actuales, ayudándolas a crecer, ofreciéndoles un acompañamiento, como el pequeño sostén colocado al lado de la planta. En definitiva, lo que hace la educación liberal es ayudar a la persona a abrirse, dejarla salir, para que a partir de allí pueda comenzar a caminar por sí misma la aventura de la vida:

Tener aunque sea una parte de esta razón iluminativa y de esta filosofía verdadera es el estado más alto al que puede aspirar la naturaleza en el camino de la inteligencia; y pone a la mente por encima de las influencias del azar y la necesidad, por encima de la ansiedad, de la expectativa, el desasosiego y la superstición, que es la suerte de la mayoría. (*IU*, I, 6)